

***A propósito de la contribución  
de Josef Breuer  
a los “estudios sobre la histeria”***

Tomás Bedó

Irene Maggi de García Rocco

**RESUMEN**

Este breve trabajo introductorio a las versiones castellanas de las contribuciones exclusivas del Dr. Josef Breuer a los “Estudios sobre la histeria” pretende ubicar la obra y la figura de éste en el contexto de las ideas que sentaron las bases del psicoanálisis. Al mismo tiempo esboza una tentativa de situar estos orígenes, destacando la importancia del criterio ideológico y cronológico para la comprensión que se desea lograr. Además trata de ofrecer una visión somera de la particularísima encrucijada, superposición y yuxtaposición de corrientes de ideas, tan propias del pensamiento del siglo XIX y las dificultades que necesariamente surgen del pretender ignorar este hecho.

Se encaran esquemáticamente las diversas corrientes en parte enfrentadas, enfocando al mismo tiempo no solamente el espíritu de la época sino también su estilo de vida; el rápido progreso de la psicología y de la psicopatología por el empuje cada vez mayor del interés que en ese sentido nace del romanticismo en cuanto cuestionamiento de la naturaleza, su esencia y los secretos de la mente humana.

Después de una reseña biográfica de Breuer, se discuten las relaciones tan controvertidas entre él y Freud, para dedicar algunos comentarios al historial de Anna O., particularmente la relación Breuer-Anna O., la significación compleja del término “catarsis” y sus relaciones con el drama. Luego se hace referencia a las particularidades del vínculo, el que más tarde, pasando por diversas

etapas, termina por constituir la transferencia, que ya existe bajo el nombre de “rapport” en épocas del exorcismo y magnetismo. La significación de la seducción en el contexto de las relaciones humanas y su particular trascendencia en la psicoterapia.

Una reseña biográfica de Bertha Pappenheim y su comparación con diversas “versiones” del historial de Anna O. se propone mostrar la irrelevancia de una presunta ‘verdad objetiva’ del caso que siempre ha sido presentado como semilla y germen del psicoanálisis.

Después de una autoevaluación de su contribución al psicoanálisis, realizada por Breuer en una carta dirigida a Forel, finaliza esta introducción señalando cómo entre Breuer y Freud se insinúa una línea divisoria de importancia insuficientemente destacada, demarcatoria de un nuevo modo de conocer, de un nuevo objeto del conocimiento y de un cambio radical en la concepción del hombre sobre sí mismo.

## **SUMMARY**

The present paper is an introduction to the first Spanish translation made from Dr. Josef Breuer's exclusive contributions to the “Studies en Hysteria” (Breuer & Freud - 1895), in which it is being tried to situate his figure and work within the context of ideas which became the basis of psycho-analysis. Likewise, a sketching of the location of these origins is intended with emphasis of the importance of the ideological and chronological criterion to be applied to the kind of approach and understanding sought. A superficial vision of the extremely peculiar intersection, overlapping, coincidence and juxtaposition of the XIXth Century's lines of thought, and the difficulties arising from the fact of trying to ignore this, is offered. The different opposing currents are briefly outlined, so is the “spirit of the time” as well as the “way of life”.

Romanticism, inasmuch as it questions the nature and human mind about its secrets and ultimate truths, rushes the fast progress of psychology and psychopathology.

After a short revision of Breuer's biography, the much controverted rela-

tionship between Breuer and Freud is discussed. Some comments to the case history of Anna O. —the relation Breuer-Anna O. in particular—, are being made. The complex meaning of the term “catharsis” and its connection with drama is being shown. Then the peculiarities of the relation are being outlined, relation which later, after several stages, will constitute the concept of transference, already known by the name of “rapport” in times of exorcism and magnetism. The meaning of seduction within the context of human relations and its particular incidence in psychotherapy is discussed.

A biography of Bertha Pappenheim and its comparison with the various “versions” of the case history of Anna O. is intended to show the lack of importance of a supposed “objective truth” of the case which has always been presented as the germ of psyche-analysis.

An auto-evaluation of his contribution to psycho-analysis, carried out by Breuer in a letter addressed to Forel, is the last part of this introduction, preceding only the attempt to draw a division line not sufficiently observed, marking a new way of knowing, a new object of knowledge and a radical change in conception of man about himself.

[Las traducciones de los dos capítulos de Josef Breuer, fueron efectuadas del alemán en base a los “Studien über Hysterie” (S. Freud y J. Breuer), (Francfort s/M. Fischer, 1970), confrontándolas con “The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud” (Londres; The Hogarth Press, 1955).

Las llamadas marcadas (T.) entre corchetes corresponden a las observaciones realizadas por James Strachey en la versión inglesa y que han sido transcritas por considerarse de sumo valor para la comprensión del texto.]

“Se descubrió, un día, que los síntomas patológicos de determinados sujetos nerviosos poseían un sentido, descubrimiento que constituyó la base y el punto de partida del tratamiento psicoanalítico”. (1) Y al pie de esa página Freud agrega: “Josef Breuer, en los años 1880 a 82”. En el prefacio de la segunda edición de los “Estudios sobre la histeria” nos dice: “[. . .] a quien se interese

por la evolución que condujo de la catarsis al psicoanálisis, no podría darle mejor consejo que el de comenzar con los «Estudios sobre la histeria», recorriendo así el mismo camino que yo hube de seguir”. (2)

De la catarsis al psicoanálisis... Los síntomas poseían un sentido... El camino que yo mismo hube de seguir.

Pero seguir el mismo camino, desde el primer momento nos pareció difícil y espinoso, lleno de dudas e interrogantes. Al presentar ahora la versión castellana de los dos capítulos de los “Estudios” pertenecientes exclusivamente a Breuer, nos pareció que debíamos hacerla preceder por los planteamientos que nos hemos hecho y cómo intentamos respondernos a algunas de dichas interrogantes.

A lo largo de toda la obra de Freud reaparece siempre su insistencia sobre la importancia de Breuer en la génesis y origen del psicoanálisis. A medida que Freud evoluciona, se va alejando cada vez más de sus presuntos orígenes, entre ellos Breuer y la catarsis, y sin embargo la postura de Freud sigue incambiada. Creemos que esta aparente discordancia obedece sobre todo a nuestra propia distorsión de la óptica con la que asistimos al desarrollo de los hechos. Para seguir su consejo y andar por los caminos que él hubo de seguir, no podemos hacerlo con una visión que pretende comprender integralmente un proceso que se dio en otra época, con una mira, actual, bastante diferente. Por de pronto no rectificamos un error al que, sin embargo, nos referimos de continuo: en nuestro fuero interno “creemos” que Freud es un fenómeno que se dio “ex nihilo”, autónomo de todo un conjunto de circunstancias de la más diversa especie que debieron ejercer una profunda influencia sobre él. Además, sin previa crítica, de alguna manera suponemos que él debe haberse servido de los mismos supuestos básicos que nosotros.

A propósito de este punto, en un trabajo anterior, se hacía esta referencia respecto al “culto de los héroes”: “Un personaje es tomado como punto central de la perspectiva y toda la historia es percibida a partir de ese plinto. El personaje central es calificado de «genio». Todos aquellos que vienen antes de él de «precursores» y todos aquellos que vienen después de «discípulos» (a

menos que sean malvados, traidores o apóstatas). Tal visión vuelve de golpe imposible toda evaluación objetiva de los hechos, de las ideas y de las personalidades, entraña numerosas escotomizaciones y así, graves errores de perspectiva. Esta es la vía hacia la formación de leyendas, que sólo oscurecen nuestro conocimiento y nuestra comprensión". (3)

Para nosotros, rescatar a Breuer también tuvo otro sentido, y esto ocurre en la medida que nos rescatamos también nosotros en nuestro camino hacia el psicoanálisis, al de nuestra identidad. La búsqueda sobre los orígenes también es nuestra búsqueda, estamos incluidos.

La situación de Breuer en este suceder es particularmente notable, no solamente porque representa la fuente de inspiración inmediata o más manifiesta de Freud, sino también por materializarse en su figura muy claramente dos facetas de una antítesis que al parecer nunca pudo superar, y con la que el propio Freud luchó por sintetizar durante el resto de su vida. Su postura y fuentes de inspiración, profundamente impregnadas del romanticismo por una parte y por otra la conceptualización positivista de sus maestros vieneses y berlineses.

Investigación o terapia, impone la necesidad de esquemas referenciales e implícitos ideológicos. El "espíritu de la época" penetra con todo un conjunto de supuestos, con frecuencia no muy claramente explicitados, hasta la más simple descripción de un hecho; son verdaderas estructuras del pensamiento que obedecen a todo un cuerpo de condicionantes sociales, culturales, científicas, etc., de un momento histórico dado. Destacar esto parece ocioso, pero estamos tan impregnados de posturas "a priori" que seguimos adheridos a la concepción del investigador con la mente en blanco. Esta misma concepción del investigador colocado fuera de su mundo, parece ser la que nos exime de la necesidad de que, para comprenderlo, resulta imprescindible tratar de vivir en su *mundo* o por lo menos conocer algo del aire que respiraba. Hacer psicología y una concepción del hombre, van indisolublemente ligadas.

No es la necesidad humana sola, factor suficiente para precipitar los descubrimientos. Entre los otros están el etos que busca la satisfacción de las ne-

cesidades, la acumulación de conocimiento técnico y científico que proporcione las bases para la innovación, elementos económicos que la propulsan y gratificaciones diversas, psíquicas y materiales, para el científico.

A título de ejemplo: Merton (4) establece las relaciones entre el puritanismo y la revolución científica inglesa del siglo XVII. De acuerdo con su planteo la época puritana requería un estudio científico de la naturaleza para mayor gloria del Señor y de su obra, y porque los adelantos en el bienestar social —el bien de muchos— son un fin deseable. Otros por supuesto niegan que el espíritu científico moderno sea hijo del ascetismo puritano, pero no la influencia de los factores socioculturales, sustituyendo meramente un conjunto de factores por otros. Así L. S. Feuer (5) manifiesta que el movimiento científico reposa en emociones que surgieron de una ética hedonista-libertaria no confinada a una Inglaterra del siglo XVII, sino que podía encontrarse también en la Venecia católica, en la China de Confucio y en la antigua Mesopotamia. Del mismo modo podrían establecerse los incentivos fundamentales determinados por los factores económicos y políticos.

Debido a la similitud de problemas, la difusión de conocimientos y potencialidades universales de la mente humana, no resulta sorprendente que muchos descubridores hayan llegado al mismo tiempo a soluciones iguales o similares. A veces son equivalentes funcionales, realizando la misma tarea por procedimientos ligeramente diferentes, o son idénticos.

Esto sería un ejemplo más del determinismo científico, es decir que el desarrollo aparece casi inevitablemente en forma independiente del factor de] genio personal. Así, que Darwin y Wallace descubrieran simultáneamente la selección natural, sería la explicación inevitable para las *mutaciones* evolutivas de las especies. Lo mismo pasa con Newton y Leibniz con respecto al cálculo.

La razón para esta aparición del determinismo y de la inevitabilidad es que ciertas precondiciones deben ser cumplidas antes de que ciertos descubrimientos científicos puedan tener lugar. Algunas de ellas son mecánicas; por ej. hubiera sido difícil postular la existencia de la amiba antes del invento del

microscopio. Pero básicas son las condiciones intelectuales, y además una comunidad científica preparada para aceptar el nuevo descubrimiento. Son los paradigmas de la ciencia de Kuhn (6), que es el encuadre intelectual dentro del cual la mayoría de los científicos piensan y trabajan en determinado momento. Este incluye la estructura teórica y las preconcepciones científicas establecidas en ese momento (véase por ej. la concepción geocéntrica de Tolomeo). Cuando tal paradigma cambia, el resultado es una evolución científica. Los pensadores tienden a resistir los cambios en el paradigma prevalente, no porque se opongan al descubrimiento, sino porque les resulta difícil destruir el encuadre familiar a sus ideas. Cada paradigma contiene ciertas anomalías, hechos que no caben en las preconcepciones establecidas. Una revolución científica proporciona un nuevo paradigma que da cuenta de las anomalías, pero a su vez produce otras propias.

En el siglo XIX se pensaba que los descubrimientos científicos se realizaban a través de la aplicación del “método científico” caracterizado ya desde Bacon por la experimentación, observación y generalización, configurando así el método inductivo, o por medio del método deductivo, empleado especialmente en las matemáticas. El método científico parecía simple, capaz de ser aplicado por cualquiera y que inevitablemente producía resultados positivos.

Pero resulta que en el caso de las grandes síntesis unitarias, la idea de la inevitabilidad o de la naturaleza determinista del descubrimiento se vuelve más débil, porque las grandes teorías participan también de la naturaleza de las grandes creaciones del arte.

Así no sorprende que la teoría del “gran hombre” se haya insinuado para explicar el descubrimiento científico. El hombre es un adorador de héroes y busca grandes hombres a quienes atribuir ideas. Además los nombres proporcionan asideros y sobrenombres de envoltura para poder pensar, hablar o escribir.

De este modo las explicaciones tienden a polarizarse en derredor de la escuela determinista o de la teoría del genio que reclama la inspiración individual. Resulta bastante claro que ambas tienen validez no se excluyen mu-

tuamente. Quizás los orígenes del psicoanálisis representan una situación en la que más patentemente ha podido comprobarse este aserto.

En otro lugar (7) hemos señalado la aparente falta de coherencia metodológica y cronológica en los primeros pasos de la técnica. Ello obedece probablemente a los mismos factores que en muchos terrenos nos hacen sentir tan particularmente “desordenados y confundidos” en la comprensión del pensamiento del siglo XIX con esta colisión de fuerzas que preceden y acompañan los balbuceos del psicoanálisis, que en realidad se va plasmando a través de un interjuego de fuerzas que muchas veces aparecen como contradictorias y no pocas como incongruentes para algún espíritu metódico que pretendiera poner “orden”.

Se destaca ante todo esa necesidad del “retorno a las madres”, como un deseo de conocer “en su esencia”, sentimiento profundo de “Einfühlung” (su traducción más aproximada sería “empatía”, pero con una connotación más activa), como un ansia de penetrar en la naturaleza y de descubrir las verdaderas relaciones del hombre con ella, como por ejemplo el ritmo y la periodicidad en el ser humano y sus homólogos en la naturaleza. Por supuesto que estas inquietudes avivan el interés por lo secreto, lo secreto de los fundamentos, que al fin también serán los del propio espíritu, llevando a interrogar las intimidades más recónditas de la vida emocional. El romanticismo, en consecuencia, va a interrogar con insistencia cada vez mayor lo inconsciente, los sueños, la locura, el destino. Igualmente los mitos y los símbolos adquieren status de realidades y fuerzas dignas de ser tomadas muy en serio y no solamente abstracciones y errores. Esta necesidad de enfocar toda la existencia desde sus orígenes, convierte a la vida en un proceso de despliegue, que a través de etapas sucesivas, será llevado a lo que más adelante habrá de llamarse “individuación”. La “Einfühlung” no conoce fronteras, se interesa en otras culturas, llegando a traducciones asombrosamente perfectas, al punto que la traducción de Schlegel y Tieck de las obras de Shakespeare hacen de éste un poeta nacional alemán.

“Un hombre libre debería ser capaz de adaptarse a voluntad, filosófica y filológicamente, crítica poéticamente, histórica o retóricamente, a lo antiguo o a lo moderno del mismo modo como uno afina un instrumento en cualquier momento y a cualquier tono” decía Schlegel, y Novalis por su parte: “La persona perfecta debe vivir igualmente en varios lugares y varios pueblos”. El romántico exalta la noción de individuo, su unicidad y originalidad, el hombre que podría empatizar con la naturaleza y con otros hombres, con una rica vida interna, con la convicción en el poder de la inspiración, intuición y espontaneidad.

La “ley de las polaridades” es uno de los principios filosóficos románticos que más influencia ha tenido sobre las teorías psicológicas de la época. Día y noche, fuerza y materia, sujeto y objeto, vida y muerte, activo y pasivo. Con los conceptos primordiales como el Andrógino de Platón: la búsqueda eterna del hombre y de la mujer en volver a reunirse. El hombre como ser enraizado en la vida invisible del universo, descubre la noción básica de inconciente. Es difícil encontrar un filósofo o un poeta romántico que no haya expresado sus ideas sobre los sueños. Estos fenómenos primordiales hacen comprensible a Edipo, no en su eventual realidad, sino en su vínculo con la cultura y la psicología del individuo.

El romanticismo y la “Naturphilosophie” parecen haberse extinguido casi totalmente hacia 1850, pero a uno de sus representantes tardíos es necesario destacar con especial énfasis: Fechner. Es a su través como el pensamiento psicológico se enriquece de conceptos como el de energía mental, los principios de placer y displacer, el principio de constancia y el de repetición.

El afán de hacer resurgir los ideales del racionalismo del siglo XVIII y de la Ilustración por un lado, y de llevar el romanticismo hacia la extinción, hace reflorar a mediados del siglo XIX en Europa una línea de pensamiento, que se inicia sobre todo en Francia e Inglaterra: el positivismo. Dado la ambigüedad del término, usado con sentidos diversos, convendría aclarar que se hace referencia a su acepción más amplia, que puede ser aplicada a cualquier sistema que se limite a los datos de la experiencia y excluya a priori especulaciones metafísicas, teniendo sin embargo cuidado de no confundirlo con el empirismo. En general sostiene que los problemas metafísicos y teológicos

se presentan, pero no pueden ser contestados por los métodos que el hombre dispone. Comprensiblemente el positivismo enfatiza los logros de la ciencia, pero surgen cuestiones dentro de éstas que no pueden ser contestadas por métodos experimentales.

El positivismo es por un lado la consecuencia inevitable de la necesidad del hombre de encuadrar de algún modo el rápido avance de las ciencias naturales y, por otro, al decir de los benthamianos, la urgencia de combatir lo que se dio en llamar la “locura metafísica alemana”. Con el positivismo rebrotan en toda su magnitud los enfoques materialistas, es decir los puntos de vista (incluyendo todos los hechos sobre la mente y voluntad humanas y el curso de la historia) de la dependencia causal de procesos físicos o incluso su reductibilidad a ellos. Todas las filosofías materialistas destacan que lo que llamamos acontecimientos mentales son ciertos acontecimientos físicos complicados, que los procesos mentales son enteramente determinados por procesos físicos, que el hombre elige determinado por procesos corporales y siguiendo causas corporales, que los procesos mentales y físicos son dos aspectos de lo que sucede al mismo tiempo en el plano mental y corporal, que los pensamientos y deseos humanos influyen sobre sus vidas individuales, pero que el curso de la historia está determinado por la interacción de las masas de hombres y de cosas materiales, predictibles, sin referencia a procesos “superiores” del pensamiento y de la voluntad. Así se opone al dualismo o al idealismo filosófico y en general a la creencia en Dios, en el libre albedrío y ciertas filosofías introspectivas. Sin embargo, ninguno de los grandes empíricos se ha visto satisfecho con el materialismo sistemático. En el siglo XIX, debido a las teorías de la evolución se consideraba que así como la vida humana había surgido de la animal y vegetal, podría ser explicada también a partir de las formas más simples de la materia.

Es así como el hombre se coloca en una posición de agnosticismo, afirmando que no puede conocer nada más allá de los fenómenos de su experiencia.

Tanto Bernfeld (8), Jones (9), como Kris (10) han logrado darnos una reconstrucción cuidadosa de este complejo entrecruzamiento de corrientes de pensamiento, tan necesaria para comprender no solamente a Breuer y a Freud

en sus orígenes, sino también toda la complejidad de un coexistir de tendencias aparentemente tan contradictorias y que aparecen como muy defendidas por un lado e ignoradas por otro.

Que la ciencia es y será siempre la única fuente de conocimiento es una concepción del saber que no admite otra. La “Naturphilosophie” y el vitalismo en su retirada permiten el resurgimiento de una concepción físico-fisiológica, en consonancia con los criterios de la física mecanicista, de la cual el “Physikalisches Institut” de Berlín es el templo máximo. Prácticamente se constituye en religión con Du Bois Reymond, Carl Ludwig, Helmholtz y Brücke, en una cruzada contra el vitalismo y la metafísica en la ciencia. Este es el pensamiento, de corte fundamentalmente positivista, que Freud parece heredar de Breuer y de Brücke. De ahí la coincidencia cronológica del “Proyecto de una psicología para neurólogos” freudiana con el capítulo teórico de Breuer, coincidencia que se caracteriza también por someterse a un estricto determinismo (causalidad mecánica) y la necesidad de cuantificar. Como otro elemento que sella esta superposición de orientaciones, creemos que tanto el “Proyecto” como la “Teoría”, más allá de su construcción, esencialmente positivista en cuanto a su forma se refiere, nos muestran, sin embargo, rasgos típicamente románticos: son teorías, estrictamente hablando, imaginadas, por lo menos en el momento de su creación, sin elemento concreto que les pueda dar sostén.

En el propio Breuer se presentan dos aspectos diametralmente opuestos: el historial de Anna O., tan lírico, del que pretendidamente se deriva todo el edificio mecanicista de la “Teoría”.

Quizás merecería recordarse que también estas diversas corrientes del siglo XIX se cultivaban con un fanatismo que se asemejaba a un fervor religioso. Sumergidas en ese absolutismo intolerante, no llegaban a percibir el cúmulo de similitudes que poseían y cómo una corriente frecuentemente penetraba profundamente en la otra.

En apariencia, pues, con la declinación del romanticismo quedaba cerrado el mundo subjetivo de la intención y del significado, excepto allí donde podía

reducirse a formulaciones altamente restringidas, basadas en fuerzas físicas y estructuras materiales. Esta circunscripción a un criterio fiscalista de objetividad se encontró con el método catártico, con su énfasis sobre una congestión de energías prácticamente somáticas.

Es en esta encrucijada donde creemos poder ubicar también a Nietzsche como uno de los precursores que nos permite comprender el camino hacia el advenimiento de las ideas que irán a desembocar a la prehistoria del psicoanálisis. Porque es él quien parte de la filología y lleva a la filosofía los conceptos de “Deutung” (N. del T. “interpretación”, pero en un sentido más riguroso “reencuentro del significado”) y “Auslegung” (explicación, despliegue o interpretación), ligados a la problemática de “Vorstellung” (representación), despojándolos de su ropaje kantiano, de saber cómo la subjetividad adquiere validez de objetividad; lo que importa destacar para Breuer y más tarde para Freud es que no se trata solamente de una letra destinada a ser interpretada, sino todo un conjunto de signos destinados a configurar un texto a descifrar. Nietzsche, atacando a toda corriente en el orden social, todas las ideologías, la moral convencional, rechazo de una causalidad de las leyes naturales, imposibilidad de llegar a una verdad, aparece como un nihilista radical desde todos los puntos de vista. Sin embargo, justamente por esta razón y todos los aspectos positivos que surgen de esta actitud subversiva, conduce a todo un conjunto de nociones fundamentales: el inconsciente como área de pensamientos, emociones e instintos confusos y de reactuación de etapas pasadas de cada uno y de la especie entera; la capacidad de sublimación de los instintos, tanto sexuales como agresivos; la importancia dada a las pulsiones autodestructivas que juntamente con las agresivas marca un aspecto saliente de su psicología.

A través de él quedan representadas las tendencias desenmascarantes de los años 80, aquella búsqueda de manifestaciones inconscientes, escondidas, veladas y las palabras y actos como motivados por pulsiones y conflictos inconscientes.

Del mismo modo que el fenómeno Nietzsche nos permite ubicarnos en determinados aspectos ideológicos de las últimas décadas del siglo XIX, tam-

bién pensamos sería útil hacerlo respecto a lo que podría llamarse el “estilo de vida” de aquella época.

Uno de los rasgos salientes era el arraigamiento de un intenso sentimiento de seguridad. Había huelgas, agitación social y guerras y, sin embargo, el mundo parecía inmovible. No se conocían las devaluaciones ni las variaciones bruscas de la moneda, la que representaba una constante confiable y duradera. Era un mundo sin fronteras, a través del cual se viajaba sin pasaporte, con posibilidad de quedarse donde uno quisiese y el tiempo que se le antojara. Era una época de paz armada, pero estable y firme; tan segura parecía la vida que mucha gente perdió el interés por los problemas sociales y políticos.

Un mundo de hombres hecho para hombres. Las mujeres no tenían derechos políticos, no ejercían funciones públicas y sólo a partir de los años 90 empezaron a ser admitidas en las universidades. Las virtudes masculinas, tales como la ambición, agresividad, resistencia, eran exaltadas en la literatura. Los modales viriles, el uso de la barba y bigote, de bastones, la práctica de atletismo, esgrima y equitación más que otros deportes, eran características de la época. El hombre ejercía una autoridad incuestionada. La educación era autoridad; el autoritarismo era un rasgo general de la época, no solamente en el seno de la familia, sino que se ensalzaban las jerarquías militares, de la magistratura, los rangos, etc. Es el mundo de las obras de Kafka.

Alrededor de los años 85 comienza a producirse, también en forma superpuesta, un cambio llamativo en casi toda Europa. Aparece como una tendencia de retorno al romanticismo, como reacción contra el positivismo y el materialismo, con los cuales sin embargo sigue unido en una marcha mano a mano. Este último hecho, oposición y alianza simultáneas, no puede ser suficientemente destacado para comprender tanto a Breuer como a Freud. El neo-romanticismo, que es el nombre que se dio a esta nueva corriente, no es, por otra parte, de ningún modo, una vuelta al romanticismo, sino mucho más una imitación distorsionada, casi una caricatura del mismo. La industrialización y el rápido avance de la ciencia vuelven la vida cada vez más artificial y el íntimo contacto con la naturaleza, tan propio del romanticismo, desaparece

para dar una visión estilizada de la misma. La evolución y el despliegue de los románticos se invierten y se vuelven para los neo-románticos una tendencia a la “decadencia”. Si los románticos habían postulado el valor irremplazable del individuo en el contexto de las relaciones de los hombres entre sí, los neo-románticos convierten este individualismo en una religión, en una adoración del individuo que lleva al aislamiento y al narcisismo, al punto que la figura de Narciso nunca llegó a ser tan grande como encarnación del espíritu de una época.

Los románticos habían centrado su interés en Mesmer y el magnetismo animal; los neo-románticos se vuelven hacia la hipnosis y exigen nuevas pruebas del inconsciente. Aquí nos encontramos con un buen ejemplo de la influencia del espíritu de la época: la actitud autoritaria y paternalista exigía técnicas “dominantes” y autoritarias — el hipnotismo era una de ellas.

“Decadencia” (en el bien entendido que tal decadencia realmente no existe) adquiere un nuevo sentido a fines del siglo: el de una rica corrupción. Es el mundo de Wilde. Se pretendía emular la declinación de Roma o de Bizancio, o la *débaucherie* de la corte de Luis XV. “El mundo había envejecido”. Florecían las seudoteorías de la “degeneración” y del nihilismo. Quizás de ahí el éxito de obras como las de Max Nordau. Decadencia y degeneración permeaban el pensamiento: en 1850 Morel formula su teoría de la degeneración mental y en 1880 la vemos retomada por Magnan y toda la psiquiatría francesa, de modo que existían solamente degeneraciones que se diferenciaban porque se acompañaban de tales o cuales síntomas. Su influencia era enorme, tal como la vemos popularizada en las obras de Zola y otros.

Surgen las primeras “teorías raciales”.

Así como el romanticismo había ensalzado el “mal du siècle”, los neo-románticos consagran la idea del “fin du siècle”, caracterizada por una actitud general de *pesimismo* (Von Hartmann, Schopenhauer).

Brota el culto de la Anti-Physis como todo lo opuesto a la naturaleza, encontrándose la comodidad en ciudades monstruosas, “les villes tentaculaires»,

La adoración por el esteticismo llevaba a una elegancia refinada y a la mayor excentricidad posible. Reinaba un vago misticismo con sectas secretas y un interés cada vez mayor por la hipnosis, el sonambulismo, la doble personalidad y la enfermedad mental.

Otra característica de este período es la inclinación por el erotismo. Con la declinación del espíritu victoriano, se produce un rebote y entramos en la furia de las clasificaciones de las perversiones sexuales; la mujer vampiro (femme fatale) sustituye al hombre lobo, seductor; la prostitución aparece con particular halo de prestigio.

París y Viena son las ciudades que sobresalen con una sobreabundancia de ideas y de acervo cultural.

La profunda afinidad entre la nueva psicopatología y el espíritu de la época se revela por similitudes de personajes descritos por psiquiatras y literatos. La "Electra" de y. Hoffmannsthal se asemeja más a Anna O. que a la "Electra" de Eurípides.

Uno de los rasgos salientes de esos años fue el rápido progreso de las investigaciones en psicología y psicopatología sexual; al mismo tiempo se percibía un interés cada vez mayor por la psicología de la mujer. En 1901 Moebius publica su tratado sobre la imbecilidad fisiológica de la mujer, pero al mismo tiempo aparecen multiplicidad de publicaciones que, por el contrario, señalan el sentido de su superioridad natural. Hay un tercer aspecto, más cualitativo: los sexos son fisiológicamente complementarios, idea asociada con la bisexualidad de los humanos, disfraz psicológico del mito romántico del Andrógino platónico.

Es a este período que corresponden las pruebas científicas más decisivas de una vida mental inconciente. Sostenida desde hacía siglos, se convierte en la piedra fundamental de la psicología moderna. Su enfoque especulativo, propio de los románticos, es sustituido por el experimental y el clínico. Los argumentos filosóficos, sin desaparecer, se vuelven cada vez más psicológicos.

La teoría formulada originalmente por Leibniz es retomada por Herbart. Es la teoría de las pequeñas percepciones y de las variaciones de umbral de concientización; es una de esas fascinantes teorías “tempranas” con esa mixtura de fantasía en términos físico-matemáticos, la que aún hoy —quizás afortunadamente— nos obliga a dudar y replanteamos siempre de nuevo las cosas.

## **JOSEF BREUER**

Breuer nació en Viena. En su autobiografía (11) se nos presenta como un “típico vienés”. Nunca se separó de su ciudad natal, a no ser por pequeños períodos, durante las vacaciones. Su padre era profesor de religión, nombrado por la congregación judía de Viena y esto tiene mucha importancia en la formación de Breuer. El progreso de los judíos en el primer tercio del siglo XIX es, como él nos dice, de gran interés cultural e histórico. Su abuelo había sido cirujano del pueblo en Mattersdorf. Murió cuando el padre de Breuer era joven. Este, a la edad de trece años, entra al Seminario teológico de Pressburg. A los pocos años se traslada a Praga y allí comienza la metamorfosis del estudioso del Talmud en hombre del siglo XIX. De este modo, cuando nos aprontamos a leer su autobiografía, Breuer —a los 83 años de edad— nos habla casi solamente de su padre, Leopold Breuer, nacido en 1791. Nos dice: “Permítaseme escribir algo sobre la vida de ese hombre a quien todo debo”. Leopold Breuer perteneció a esa generación de judíos que fueron los primeros en emerger del gueto intelectual a la libre atmósfera de la civilización occidental. “Creo que no puede estimarse suficientemente la energía intelectual con la que contribuyó esa generación”. Reemplazaron la jerga judía por el alemán culto y comenzaron a ganar un lugar en la literatura, poesía y filosofía del pueblo alemán. Todo ello requirió el más alto grado de esfuerzo mental en la observación del ambiente, el deseo de asimilación y un estudio que casi no recibió aliciente alguno. Con el tiempo logró convertirse en prominente maestro y educador, que se veía recargado de serios problemas pedagógicos. Practicó su profesión en Praga, Budapest x’ Viena. Finalmente logra una existencia segura al ser nombrado maestro de religión de la joven Congregación Judía de Viena (1836). En 1840 se casa con la madre de Josef Breuer, quien murió en el parto de su hermano menor “en la flor de su juventud y belleza”. Josef Breuer

no la conoció. Su abuela materna “mujer sabia e ingeniosa”, se hace cargo de la casa y asume el papel de madre.

“Crecimos bajo condiciones favorables, sin la miseria de la pobreza ni lujos o riquezas: la vía áurea (aurea mediocritas)”.

No fue a la escuela primaria, pero hizo el mismo trabajo en casa sin dificultades bajo la excelente instrucción de su padre. Leía perfectamente a los cuatro años.

A los ocho años ingresa al Akademisches Gymnasium. Destaca el cambio que se estaba operando en aquel entonces en la enseñanza, sobre todo el énfasis cada vez más puesto en las ciencias modernas que en los idiomas clásicos. Es interesante la importancia que le asigna a la rápida mejoría cualitativa de la enseñanza y de los docentes a medida que avanza en sus estudios secundarios; finalmente, nos dice, disfrutamos en los dos últimos años de una educación intelectual realmente liberal, en la que la crítica y la contradicción eran estimuladas más que suprimidas. El problema de qué y cómo se enseñaba parece haber sido un tema que debió haberlo apasionado mucho en su juventud y en ese sentido dice haber tenido puntos de vista “heréticos

Se graduó de bachiller en 1858. Hacía tiempo había decidido estudiar medicina. Su padre le aconsejó no comenzar sus estudios médicos de inmediato y dedicar un año más a su educación general eligiendo materias adicionales liberalmente. Se llenó con un programa de tal multitud de clases que solamente pudo seguir una mínima parte. Fue un año casi perdido, pero recuerda especialmente las admirables clases sobre historia de la economía dictadas por Lorenz von Stein: “Era un hombre estimulante en alto grado, que siempre tendía a mostrarnos que lo que nos parecían cosas estáticas eran procesos y se aproximaban intensamente al sistema ideacional de Hegel.”

En 1859 ingresa a la Facultad de Medicina. Durante el segundo año estudió con Brücke y allí una vez por todas se estableció su interés por la fisiología. En 1862 llega a la Clínica de Oppolzer. El 5 de noviembre de 1868 recibió un gran honor: Ewald Hering, profesor de fisiología, leyó un trabajo titulado “La

autorregulación de la respiración por medio del nervio vago”, ante la Academia de Ciencias. Su autor era el Dr. Josef Breuer, Asistente Clínico. Era un informe sobre un estudio experimental llevado a cabo conjuntamente con el profesor Hering. Después de la muerte de Oppolzer se dedica enteramente a la práctica privada. “Poco a poco tuve el honor de convertirme en el médico de un número no despreciable de miembros de la Facultad, que conjuntamente con sus familias se confiaron a mis cuidados, lo que me hizo muy feliz”. En 1874/75 presenta los resultados de sus investigaciones sobre la función de los canales semicirculares del oído interno. En 1894, Mach, Hering y Exner lo proponen como miembro correspondiente de la Academia. “Ser respaldado por tales, hombres y ser elegido miembro de la Academia me llenó de profunda gratitud por un éxito como el que jamás hubiera esperado”.

Sólo al final se refiere a Anna O.: “En 1880 observé una paciente que sufría de una histeria severa, quien en el curso de su enfermedad presentó síntomas tan peculiares como para convencerme que aquí se me ofrecía una ojeada a los estratos más profundos de los procesos psicopatológicos. La comprensión de los mismos fue presentada por S. Freud y yo mismo, primero en un corto estudio preliminar y más tarde en un libro, «Estudios sobre la histeria» por Breuer y Freud. Este libro, acogido al principio bastante desfavorablemente, ha llegado el año pasado a su cuarta edición. Es la semilla de la que Freud desarrolló el psicoanálisis”.

Termina diciendo: “Si a la historia de mi vida, que brevemente he esbozado aquí, puedo agregar que he sido y soy completamente feliz’ en mi hogar; que mi amada esposa me ha dado cinco fuertes y excelentes hijos; que no he perdido ninguno de ellos y ninguno me ha causado jamás una pena importante, entonces bien puedo considerarme un hombre afortunado — y quien hasta posee una camisa!”

Breuer y Freud se conocieron en el Instituto de Fisiología de Brücke en Viena. Breuer tenía catorce años más que Freud y ya era un médico de renombre con una gran clientela y mucho prestigio. Desde un comienzo se estableció entre ellos una gran amistad y además se veían unidos por una serie de intereses comunes, sobre todo su devoción por los principios de causalidad

y estricto determinismo de la escuela de Helmholtz. En los primeros años, probablemente desde 1881, Breuer ayudaba económicamente a Freud y llegó a prestarle sumas importantes. Es a fines de 1882 cuando Breuer relata a Freud sus experiencias con Anna O., lo que sin duda debe haber sido el determinante más importante en despertar el interés y la atención de Freud por las neurosis. En 1891. Freud publica un libro sobre afasias y lo dedica a Breuer, pero en 1893 ya resulta evidente que sus relaciones se habían deteriorado, en cuanto fue con muchas dificultades que Breuer se dejó convencer en publicar la "Comunicación preliminar". En 1895, año de la publicación de los "Estudios sobre la histeria", ya no quedaba rastro de cooperación entre ambos. Posiblemente los editores de la correspondencia de Freud a Fliess prefirieron no publicar las hostiles y amargas quejas de Freud de quien había sido su leal amigo y benefactor (12). Es posible que los problemas económicos hayan tenido algún papel en esta hostilidad, quizás también la cautela y la indecisión de Breuer. Existe un acuerdo general que las diferencias en cuanto a formulaciones teóricas no podían dar cuenta de tanta tensión en su relación como surge de algunas cartas inéditas a Fliess.

El área de desacuerdo intelectual se basaba sobre todo en el enfoque fisiológico preferido por Breuer (estado hipnoide) en oposición a la teoría del conflicto y la defensa. Jones sugiere la *dificultad de Breuer en aceptar el papel esencial de la sexualidad infantil o las ideas concernientes a la seducción incestuosa*. Pero la hipótesis de la seducción surge recién en octubre de 1895 (carta 29), muy posterior al comienzo de las diferencias. Ya en la carta 19 (junio de 1894) aparece la profunda insatisfacción de Freud en cuanto a la contribución de Breuer a los "Estudios". No deja de ser llamativo que las reservas que Breuer podía oponer al concepto de neurosis actual y el origen exclusivo de las neurosis en la vida sexual, es hoy un hecho universalmente compartido por todos. Es probable que el "Proyecto de una psicología para neurólogos" sea una formulación del capítulo teórico tal como Freud lo hubiera querido para los "Estudios", y que su insatisfacción de! trabajo de Breuer sea una de las razones de la urgencia con que el "Proyecto" fue escrito. Si Freud se hubiera detenido a escuchar a Breuer, posiblemente se hubiera ahorrado la hipótesis de la seducción y la teoría toxicológica de la angustia.

Por un lado Breuer no aprobaba el concepto no psicodinámico freudiano de las neurosis actuales y Freud a su vez repudiaba el concepto no psicodinámico del hipnoide, creyendo que el estado de disociación era consecuencia de un conflicto no abreaccionado y prueba de la existencia del inconciente. Estas diferencias hoy día ya no parecen importantes, ya que de todos modos se ignora el problema del sustrato fisiológico de las psiconeurosis. Ni el concepto de neurosis actual ni el del hipnoide pudieron dar la clave de los aspectos no psicógenos de la enfermedad mental. El problema sigue hoy tan importante como entonces e igualmente alejado de su solución. Con bastante sarcasmo, Stewart dice al respecto que los problemas han sido barridos bajo la alfombra e ignorados convenientemente, ofreciéndose por otro lado explicaciones psicodinámicas como etiología de cualquier cosa, desde la esquizofrenia hasta la guerra. De todos modos, Breuer no pudo dar ya a Freud el apoyo que éste necesitaba. Las limitaciones de las formulaciones teóricas de Breuer consisten en que se reducen casi totalmente a explicaciones por analogía, p. ej. la conversión comparada con un cortocircuito eléctrico. A pesar de la modalidad concreta y simplista de sus explicaciones, los estudios neurofisiológicos modernos del sistema límbico hacen recordar asombrosamente a ciertos enunciados de su "Teoría" (sistema reticular ascendente, papel de los núcleos pontinos en la regulación del sueño, etc.).

La actitud de rechazo y aversión de Freud por Breuer evidentemente iba cada vez más en aumento. Como ejemplos aislados podrían citarse su ya mencionada carta a Fliess (en la que se "disociaba" de la contribución de Breuer), o la llamada en "Dora" (13): "Lo único que he abandonado ha sido la hipótesis del estado hipnoide que había de emerger en el sujeto a consecuencia del trauma y constituir la base de todo el proceso psicopatológico ulterior. Si es lícito delimitar en un estudio hecho en colaboración la parte correspondiente a cada uno de los colaboradores, habré de permitirme constar que la teoría de los estados hipnoides, en la que nuestros críticos han creído ver el nódulo esencial de nuestro estudio, se debe exclusivamente a Breuer. Por mi parte siempre consideré superfluo y equivocado interrumpir con tal hipótesis la continuidad del problema que se plantea en la investigación del proceso psíquico desarrollado en la génesis de los síntomas histéricos

Es curioso que el distanciamiento entre ambos siempre ha sido enfocado como motivado por diferencias científicas, culturales o de otros factores comprensibles en un contexto manifiesto. Más aun si esto sucede en filas de quienes tienen por disciplina tratar de entender más allá de lo manifiesto. Dice Mannoni: (14) “Pero el odio de Freud fue durante un tiempo verdaderamente fuerte y sin duda inspirado por otras razones. No solamente le debía mucho y no solamente dinero, sino que a menudo invirtió de este modo sus afectos, repitiendo, dice, la conducta que tuvo con su sobrino a los tres años... Se enemistó precisamente con aquellos hombres (Fliess, Jung) en quienes, en un principio, había depositado mayores esperanzas. Está actuando un elemento «irracional» que la elucidación de la noción de transferencia aclarará más tarde, y actúa con rara violencia”.

Breuer y Freud se atribuyen recíprocamente la introducción del “principio de constancia” y toda la formulación energética y económica. “Por otro lado hay un número de conceptos de gran importancia que parecen propiamente atribuibles a Breuer: la noción de alucinación como una «retrogresión» desde la imaginería a la percepción, la tesis que las funciones de percepción y memoria no pueden ser realizadas por el mismo aparato y, finalmente, del modo más sorprendente, la distinción entre energía psíquica ligada (tónica) y no ligada (móvil) y su distinción correlacionada de procesos psíquicos primarios y secundarios. Los fundamentos neurológicos de las teorías freudianas en la época de la publicación de los «Estudios» se evidencian por la forma de presentar el principio de constancia en el «Proyecto». Se le da el nombre de «principio de inercia neurona» y es definido afirmando «que las neuronas tienden a desinvertirse de cantidad». De este modo se revela una notable paradoja. Breuer manifiesta su intención de tratar el tema de la histeria en una línea puramente psicológica: «En lo que sigue se hará poca mención del cerebro y ninguna de las moléculas. Los procesos físicos serán tratados con el lenguaje de la psicología». Sin embargo, su «Teoría» se ocupa principalmente de «excitaciones intracerebrales y analogías entre el sistema nervioso e instalaciones eléctricas. Freud, por otro lado, dedica todas sus energías en explicar los fenómenos mentales en términos fisiológicos y químicos, confesando sin embargo tristemente que sus historiales se leen como novelas y sus análisis son psicológicos”. (15)

En su “En memoria de Josef Breuer” del año 1925. Freud, refiriéndose a la contribución de Breuer a la “Teoría” dice: “[...] Está lejos de ser obsoleto; por el contrario, contiene pensamientos y sugerencias que aún ahora no han sido aclarados suficientemente. Quienquiera se sumerja en este ensayo especulativo, se formará una impresión verdadera de la talla psíquica de este hombre, cuyos intereses científicos estuvieron dirigidos en la dirección de nuestra psicopatología, por desgracia solamente durante un breve período de su larga vida”.

Quisiéramos destacar dos palabras de esta última frase: “ensayo especulativo”. No nos cabe duda que Freud hubiera dicho lo mismo de sus propias primeras teorías. A fuerza de repetición se cosifica la teoría y creemos que no debe perderse de vista que todas estas ideas han sido teorías, muy necesarias como esquemas referenciales para pensar y trabajar y en muchos aspectos después han encontrado su confirmación en la investigación clínica. Pero —y quizás hablando con precisión— estas primeras teorías realmente eran más que nada especulaciones fantasiosas no comprobadas en la práctica, hipótesis no verificadas, un conjunto sistemático de proposiciones tomadas como postulados. Ignorar esto hace caer en la imposibilidad de cambiar y en la incapacidad de un desarrollo progresivo de las hipótesis.

## **SOBRE ANNA O.**

La versión que conocemos, la única que ha quedado de esta historia, fue escrita por Breuer en base a apuntes incompletos (como él mismo nos dice) y nada más que para complacer a Freud (!), alrededor de trece años después de la cura. Seguramente esta versión se aleja bastante de lo que Breuer relatara a Freud en 1882 y de lo que tan entusiastamente éste le refiere a su novia en la carta del 13 de julio de 1883: “...y después tuvimos una larga conversación sobre temas médicos, de la «moral insanity», las enfermedades nerviosas y casos peculiares; también tu amiga Bertha Pappenheim volvió al tapete, y después llegamos a temas íntimos, personales y de confianza y me contó cosas que podré relatar tan sólo «cuando esté casado con Martha»...” De ello deducimos que la historia que conocemos a través de los “Estudios sobre la

histeria” es una versión que puede estar más o menos deformada. Pero ¿le cabe el adjetivo de “deformada” o de “verdadera” a una versión de un historial o de un relato? ¿Acaso tenemos la pretensión de “verdad objetiva” o simplemente de “verdad” en los relatos de nuestros pacientes? Siempre nos darán *una* versión entre innumerables posibles y plasmarán en innumerables versiones un mismo acontecimiento que quizás ni siquiera puede haber tenido lugar. Cuando nos dicen: “Recuerdo que...”, poco nos importa qué es lo que pasó, si es que pasó; lo que nos importa es este “recuerdo” ahora y con nosotros, y la intencionalidad de lo que quieren que oigamos. A propósito nos dicen Laplanche y Pontalis (16): “Al leer la historia de ese caso, asombra ver a Breuer, contrariamente a Freud, preocuparse poco por recuperar los elementos realmente vividos que podrían subyacer en el fundamento de las ensoñaciones diurnas”.

Desde el primer párrafo quedamos asombrados por la descripción que Breuer hace de Anna: su intuición, inteligencia, talento poético, juicio, bondad, piedad, vitalidad desbordante... Parece más la descripción de un admirador o de un enamorado que la de un médico, ¿Acaso la conoció antes de enfermar? Acto seguido Breuer agrega: “. . . la paciente cuya vida se me hizo transparente como pocas veces la de una persona para otra”. ¿Cómo es ese Conocer, que ya aparece con características tan distintas?

Strachey (17) señala que “una de las principales fascinaciones que presenta es que nos permite seguir la huella de los primeros pasos en el desarrollo de ese instrumento. Lo que nos dice no es la simple historia de la superación de obstáculos; es el *descubrimiento* de una sucesión de obstáculos que debían ser superados. La paciente de Breuer, Anna O., demostró y superó el primero de estos obstáculos —la amnesia característica del paciente histérico—. Resultó evidente desde el principio que el problema no era meramente la investigación de los procesos conscientes, para los que los métodos comunes de la vida cotidiana serían suficientes. Si había también procesos mentales *inconscientes*, se requería claramente algún instrumento especial”.

Es un conocer tan poco convencional que barre con todas las exigencias

“científicas” de la época y del medio; seguramente no cuenta con el beneplácito del Breuer-fisiólogo e internista. Breuer se acerca a su paciente (\*), “un caso severo de histeria”, nos dice. Hoy posiblemente *seríamos* más cautos en ponerle un nombre a la enfermedad de Anna O., en tanto que conocemos un poco más sobre la plasticidad de este tipo de enfermo que en un momento determinado nos da lo que inconcientemente le pedimos o que nos sorprende dándonos lo que menos esperábamos. Se abre una nueva perspectiva, la relación médico- paciente cobra otra dimensión. Breuer no teme penetrar en el mundo alienado de Anna, pero se aliena él mismo y ya no sabe volver. Anna O., lo introduce en su “teatro privado”, en su mundo de fantasías en el que es autor y protagonista a la vez. Breuer, el médico, busca entender, escucha; Breuer, el hombre, comparte y no se percata que él también forma parte ahora del “teatro privado”, que Anna representa para él y él es actor y espectador al mismo tiempo. Busca entender los afectos de Anna y se olvida de los propios.

Para esta nueva modalidad de trabajo conjunto resulta decisiva no solamente la disposición de Breuer a escuchar, escuchar sin prejuicios, valorar todo, a aprender no solamente a través de sus propias conclusiones, sino también a través de lo que Anna le enseña, le enseña literalmente: la importancia de verter en palabras, de hablar, de decírselo a alguien en un lenguaje compartido (talking cure). Es aquí donde la relación diádica cobra plenitud: Anna deja de ser la paciente; es ella la que muestra el camino. La mayoría de lo que Breuer descubre son conclusiones a las que la propia Anna lo ha llevado.

Todo esto nos conduce a diversas reflexiones. En muchos aspectos esta historia presenta similitudes con la historia de ciertos acontecimientos míticos o legendarios, cuya trasmisión parece obedecer a necesidades afectivas de toda

---

\* N. de los IT.: Breuer se refiere a Anna O. indistintamente como “la enferma” (die Kranke) o “la paciente” (die Patientin). En castellano no existe una expresión equivalente a “die Kranke”. Ambas expresiones, “enferma” y “paciente”, se originan en concepciones “*exógenas*” de la enfermedad: enfermo procede del latín “*infirmus*” (hecho-no-fuerte) y paciente del griego: pasivo, pathos, lo que se sufre. Tanto el latín, con la expresión “*aegrotus*”, como el griego con la de “*chrancholon*” (de la que deriva la de “*krank*” alemana) poseen también la variante “*endógena*” de enfermedad. Es la versión “vulgar”, pero “fuerte”, significando: delgado, débil, arrastrado, descompuesto, señalando directamente a que lo enfermo está en uno y con una indiferenciación entre enfermo y malo (moralmente). (Véase en inglés “*sick/ill*” o en francés “*malade*”, del latín “*male habitus*”). Creímos interesante destacar estas concepciones tan radicalmente opuestas.

una cadena de “narradores” y “oyentes”. Hoy sabemos algo más: que muy probablemente estos personajes míticos en un origen realmente tuvieron existencia, pero que cobraron inmortalidad a través de la importante función que desempeña el relato de sus “historias”. Para nuestro caso la primera narradora y protagonista fue la propia Anna O., seguida en esta “cadena catártica” por Breuer, teniendo a Freud como auditorio en un memorable 18 de noviembre de 1882. Finalmente, al publicarse los “Estudios”, nosotros somos el auditorio. Hay una compulsión a relatar, en esta catarsis, que empieza con Anna O. (talking cure, chimney sweeping), seguida por Breuer en su necesidad de narrar sus emociones, su sorpresa, sus experiencias y finalmente percibimos, como “obligato” a través de toda su monumental obra, a Freud el narrador.

Pero, ¿qué es catarsis? El término “catharsis” (IS) es una palabra griega que significa purificación, purgación. Ha sido utilizada por Aristóteles para designar el efecto producido en el espectador por la tragedia: “la tragedia es la imitación de una acción virtuosa y cumplida que, por medio del temor y de la piedad, suscita la purificación de tales pasiones”.. . Resumiendo más adelante la teoría de la catarsis, Freud (11) escribe: “Se suponía que el síntoma histérico nacía cuando la energía de un proceso no podía llegar a su elaboración consciente y era dirigido hacia la inervación corporal (conversión) [...] La curación se obtenía por la liberación del afecto desviado y de su descarga por vías normales (abreacción)”. “... por otra parte, podía mostrar-se fácilmente que el efecto catártico se encuentra en las diversas modalidades de la repetición, en el curso de la cura y singularmente en la actualización transferencial” (20)

... Mas quien se complace en mirar el teatro desde un punto de vista más grave, puede muy bien sentirse dispuesto, no a destruir los placeres del espectador, sino a ennoblecerlos... Todo arte, por serlo, tiene por principal fin recrear el ánimo, pero acaso no existe más alta y más grave vocación que la que tiene por objeto regocijar así a los hombres. Sólo el arte verdadero nos procura los más nobles goces, *los cuales consisten en el ejercicio libre, consciente y vivaz de todas nuestras facultades.* [El subrayado es nuestro.] El arte no se propone un fin transitorio; quiere hacerle realmente libre. Ser ideal y al propio tiempo real, abandonar el terreno de lo positivo sin cesar de vivir en

perfecto acuerdo con la naturaleza...”

A través de los fragmentos precedentes, Schiller (21) nos ofrece en su prólogo a la “Novia de Messina” una reformulación romántica del planteo aristotélico de la acción terapéutica de la obra dramática.

Mas, curiosamente, se nos vuelve a replantear la cuestión de ¿quién es el beneficiario de esa catarsis? ¿Quién “actor”, quién “espectador”? Creemos que resulta claro que siempre son ambos. En la cadena Anna O., Breuer y Freud, vemos que ninguno puede funcionar aisladamente; más aun, todos lo hacen en los dos sentidos, y este hecho está pleno de connotaciones significativas.

No podemos dejar de hacer referencia a un trabajo de Freud (22) de 1904. En éste, Freud nos traduce la “catarsis de las emociones” expresando que a través de ella se trata de procurarnos procesos a fuentes de placer y de goce yacentes en nuestra vida afectiva, tal como el chiste y lo cómico lo hacen en la esfera del intelecto cuya acción es precisamente la que nos ha tornado inaccesibles múltiples fuentes de dicha especie. En otro lugar dice: “La contemplación apreciativa de una representación dramática cumple en el adulto la misma función que el juego desempeña en el niño, al satisfacer la perpetua esperanza de poder hacer cuanto los adultos hacen. El espectador de un drama es un individuo sediento de experiencias; se siente como ese “Miserable, al que nada importante puede ocurrir”... “y he aquí que el autor y los actores de un drama posibilitan todo esto al ofrecerle la oportunidad de identificarse con un protagonista ... es en tales circunstancias cuando puede ofrecerse el lujo de ser héroe y protagonista, cuando puede abandonarse sin vergüenza a sus impulsos coartados, como la demanda de libertad en cuestiones religiosas, políticas, sociales o sexuales y cuando puede también dejarse llevar dondequiera sus arrebatos quieran llevarlo, en cuanta gran escena de la vida se represente”.

“El deseo reprimido del personaje pertenece a la categoría de aquellos que están igualmente reprimidos en todos nosotros y cuya represión forma parte de una de las más precoces fases de nuestro desarrollo individual. Nos resulta fácil reconocernos en el protagonista pues somos víctimas de los mismos conflictos que él, ya que «quien no pierde la razón bajo ciertas provocaciones,

ninguna razón tiene para perder».”

La extraordinaria historia que Josef Breuer le cuenta a Freud por vez primera el 18 de noviembre de 1882 es fundamentalmente la de un encuentro, el que conlleva la historia de un desencuentro. Es quizás este último que permite sentar lo que es tan específico del psicoanálisis: transformar una dificultad en herramienta de trabajo.

A medida que progresamos en la lectura, vemos como la pareja médico - paciente se desdibuja, hasta que finalmente se desmorona totalmente la figura del internista de prestigio que pretende curar a su enferma, para dar lugar a otra pareja unida por un vínculo nuevo y distinto. De la anterior solamente queda la cáscara, la “falsa apariencia”, pero la superposición de las dos ha de llevar a consecuencias insospechadas. Breuer parece seguir viendo lo que ahora es solamente una fachada. O así parece.

Muchos años más tarde este vínculo es descrito como una falsa conexión” (23) y más adelante termina por llamarse transferencia, incorporándose así como instrumento básico de la técnica. Y no es que se tratara de una novedad. Presentaba esencialmente los mismos rasgos conocidos desde hacía mucho tiempo como elemento común a todo procedimiento psicoterapéutico: el *rapport*.

El término “*rapport*” fue utilizado en un comienzo por Mesmer y pasó de mano en mano por generaciones de magnetizadores e hipnotistas; gradualmente el concepto se desarrolló y perfeccionó. Mesmer parece haber tomado el término de la física contemporánea. Cuando magnetizaba a sus pacientes se consideraba a sí mismo como fuente del fluido magnético. ¿Hasta qué punto Mesmer se percató de que la relación así establecida no era puramente física? De todos modos, de los escritos de los magnetizadores tempranos se desprende la enorme importancia asignada al *rapport*. Por otra parte, ya era conocido en los procedimientos de exorcismo. Lo que impresionaba era la extrema sensibilidad de los magnetizados en percibir los pensamientos y las sensaciones corporales del magnetizador y a la recíproca, al punto que ya en 1784 se acuñó el término de “reciprocidad magnética”. También se conoció tempranamente su

componente erótico. En base a todos estos elementos bien conocidos y estudiados, fue que Janet objetó el nombre de “precursores” tanto de Puysegur como de otros mesmeristas tempranos, como que los consideraba los verdaderos fundadores de la ciencia hipnótica, sin que nada se agregara a su conocimiento en el siglo XIX. Ya en el siglo XVIII se dieron serias advertencias en cuanto a la peligrosa influencia interpersonal vehiculizada por el *rapport*. Los románticos alemanes acogieron la teoría del *rapport* con mucho interés, al ver en el magnetismo animal la posibilidad de ese fluido físico, con características de cuasi cósmico y su capacidad de manifestarse bajo forma extra - conciente, de un “sexto sentido”, con capacidad de predecir el futuro y de adivinar acontecimientos distantes.

De hecho tanto resistencia como transferencia son viejos conocidos de los magnetizadores e hipnotistas. Ya Forel describió cómo bajo hipnosis, ésta se volvía cada vez más difícil, cuanto más se acercaba a un punto crítico doloroso para el paciente. Después de todo, transferencia es la encarnación de lo que hace siglos se conocía como *rapport*. El mérito de Freud no consiste en haberla descubierto, sino en la idea de analizarla como instrumento básico de la terapia.

Breuer se acerca a Anna como el hombre de ciencia se acerca a un espécimen de laboratorio destinado a ser investigado y manipulado; busca algo explicable, algo de qué asirse y en muchos aspectos lo logra. Pero este Breuer de la escuela de Helmholtz, de inmediato se entrega en un vínculo, en el que se perfila su faz romántica a través de su necesidad de sumergirse en la búsqueda de lo desconocido, el revelar lo secreto y fascinante... pero “deja caer la llave”. No se percata que solamente a través de la profanación puede iluminarse lo secreto. Desposeída de su lastre moral “profanación” quiere decir “sacar del templo”, “poner a la vista de todos”. Además “secreto” y “sagrado” proceden ambos de “lo que no se debe conocer”. Puede ser que le haya faltado la talla de un Freud, multifacético, curioso, quien supo ser un profanador de un orden establecido, al precio del ostracismo y de un combate que duró una vida.

Pero más allá de lo que Breuer no sabía sobre el interjuego transferencia - contratransferencia, había en ese interjuego algo muy concreto por parte de los

dos, pero que llevó a Breuer a huir y a no comprender que el trabajo de parto histérico de Anna era un síntoma de tantos: la seducción, cuya significación no puede ser suficientemente subrayada. sello y característica más saliente de esta historia.

‘Seducción’, término perteneciente al grupo de los derivados del verbo latino “ducere” (conducir), significa ‘conducir por mal camino’, ‘conducir por un camino equivocado’, pero también ‘conducir por otro camino’, ‘desviar’. Creemos importante destacar que de por sí no tiene ninguna connotación erótica.

Parecería que el concepto está tan adornado de atributos morales peyorativos que resulta muy difícil percatarse hasta qué punto es una fuerza que interviene en la mayor parte de las relaciones interhumanas, del actuar de uno sobre otro. La psicoterapia, bajo cualquiera de sus formas, es una de las situaciones más privilegiadas y próximas de la relación interpersonal y del actuar de uno sobre otro, por lo cual la seducción juega en ella un papel de primerísimo plano, pero nunca suficientemente explicitado. Es bastante obvio que empieza por tener un papel decisivo en lo que podríamos llamar la “adducción”, es decir en el establecimiento y mantenimiento de un vínculo, pasando por todos los matices de lo “necesario” y por todos los matices de lo “negativo”.

En el caso de Anna todo el desarrollo y su presunto desenlace final deben haber funcionado bajo el signo de la seducción —en su máxima intensidad— probablemente de la seducción recíproca. /

Creemos que el caso de Anna O. ha servido —dentro del contexto psicopatológico— para que comenzara a desinvertirse a la seducción de su mitología moral, viéndose poco a poco cómo era un elemento más del instrumental terapéutico, por otro lado un obstáculo más, finalmente una malla interhumana muy sutil, cuyo manejo y comprensión había que aprender poco a poco, aprendizaje que probablemente nunca se completará.

Ha sido la piedra de toque para ir comprendiendo lentamente que su significación no era meramente “conducir por mal camino”, o “conducir por un

camino equivocado”, sino también “conducir por otro camino”, que podría ser mejor que el viejo; cambiar, desviarse, no repetir.

Pero, ¿quién era Anna O.? Durante cincuenta años fue un secreto. Finalmente, en 1953 Ernest Jones reveló su identidad. Anna O. era Bertha Pappenheim.

La vida de Bertha Pappenheim es la vida de dos ciudades, dice Lucy Freeman (24) Viena, la ciudad de su juventud, Francfort, donde vivió como mujer, donde trabajó, donde el mundo llegó a conocerla.

El material reunido para una futura biografía de Bertha fue destruido durante la Segunda Guerra Mundial, pero existe un cierto número de detalles biográficos y se ha publicado una monografía sobre su vida; además existe la ya citada novela de Freeman cuya fidelidad en muchos puntos es cuestionable. Transcribimos el resumen de Ellenberger (25) en forma más o menos abreviada: Bertha Pappenheim pertenecía a una vieja y respetable familia judía. Su abuelo, Wolf Pappenheim, fue un personaje importante del gueto de Pressburg (hoy Bratislava) y había heredado una gran fortuna. Su padre, Siegmund Pappenheim, era un rico mercader de Viena. La familia pertenecía a una comunidad judía estrictamente ortodoxa. Poco se sabe de su infancia y juventud. Hablaba inglés a la perfección, leía el francés y el italiano. Llevaba la vida habitual de una joven de la alta sociedad vienesa, practicaba la equitación y se dedicaba a manualidades de aguja. Después de la muerte de su padre en 1881, ella y su madre dejaron Viena para establecerse en Francfort s/M. Durante doce años aproximadamente fue directora del orfanato de Francfort. Viajó por los Balcanes, el Oriente Medio y Rusia para hacer una encuesta sobre la prostitución y la trata de blancas. En 1904 fundó el “Jüdischer Frauenbund” (Liga de Mujeres judías) y en 1907 un establecimiento de enseñanza afiliado a esa organización. Sus escritos comprenden diarios de viaje, estudios sobre la situación de las mujeres judías y sobre la criminalidad de los judíos. Además cierto número de novelas y obras de teatro (aparentemente más notables por sus preocupaciones sociales que por su talento literario). Se le describe en su vejez como una persona profundamente piadosa, estricta y autoritaria, totalmente desinteresada y dedicada a su obra, que con-

servaba de su educación vienesa un vivo sentido de humor, el gusto por la buena mesa, el amor por la belleza. Falleció en marzo de 1936. Después de la Segunda Guerra Mundial, fue recordada como una figura casi legendaria en el terreno del trabajo social, al punto que la República Federal Alemana honró su memoria con una estampilla postal que lleva su efigie. No hay noticias biográficas sobre una presunta enfermedad mental. Bertha reunía las costumbres estrictamente puritanas de sus abuelos del gueto con la posibilidad de acceso a los privilegios y placeres de la rica burguesía austríaca; recibió una educación refinada, pero todo ello no podía conducirla a una vida independiente o una profesión. En ella, como en muchas se observa un contraste entre las ambiciones y los obstáculos a esas ambiciones, contraste que se encuentra en la historia de varias eminentes mujeres históricas de esa época.

Evidentemente hay una distancia notable entre Bertha Pappenheim —la fundadora de la asistencia social en Alemania— y la paciente histórica de Breuer, Anna O. Nada en la vida de Bertha Pappenheim haría suponer que ella era Anna O. y nada en la historia de Anna O. nos haría pensar que llegaría a ser una Bertha Pappenheim. Si Jones no nos hubiera revelado la identidad, jamás se hubiera sabido.

Además, este caso que tanta importancia tiene en los orígenes del psicoanálisis y parece haber jugado un papel tan decisivo al despertar el interés de Freud por la psicología, tiene muchas facetas bastante curiosas. Ha sido desmenuzado por muchos estudiosos, entre los que creemos hay que destacar las investigaciones de H. F. Ellenberger (26) quien aporta elementos fundamentales para su mejor comprensión.

La descripción habitual de la enfermedad de Anna O. no destaca suficientemente algunos rasgos tan poco usuales que realmente la convierten en una historia muy sorprendente. Ante todo la coexistencia de una personalidad que vivía en el presente y otra 365 días antes. Por otro lado, de que cada síntoma aparecía inmediatamente después del acontecimiento traumático, sin período de incubación. En tercer término, cómo desaparecían los síntomas: no es como las descripciones corrientes lo quisieran, es decir “era suficiente recordar las circunstancias bajo las cuales los síntomas habían aparecido por

primera vez . Anna debía recordar *cada una* de las ocasiones en que el síntoma se había presentado, cualquiera que fuese su número y *en orden cronológico* exactamente inverso. Estos rasgos hacen de la historia de Anna O. un caso único del cual no se conoce ejemplo ni antes ni después de ella.

Independientemente de las dos versiones sobre la evolución posterior (la de Breuer y la de Jones - Freud), está la biografía de Bertha Pappenheim. Comparándolas, se constata en la biografía de Bertha que ésta dejó Viena en 1881, mientras que según Breuer permaneció en Viena hasta junio de 1882 e internada en un sanatorio y por mucho más tiempo aún según la *versión* de Jones. Una foto de Bertha, marcada por el fotógrafo "1882", muestra a una joven saludable en traje de montar en claro contraste con la descripción de Breuer, de una mujer joven confinada en su hogar, sin posibilidad de salida para sus energías físicas y psíquicas.

Omitimos el calvario de investigaciones necesarias para demostrar que tanto la versión de Breuer como la de Jones son inexactas. Curiosamente fue el laboratorio de la policía de Montreal que descubrió, a pedido de Ellenberger, la dirección borrosa del fotógrafo, iluminándola con luz especial. Decía "Constanz". De ahí surgió la interrogante: ¿qué hacía Bertha en traje de amazona en Constanz, Alemania, en una época en la que supuestamente estaba gravemente enferma en un sanatorio cerca de Viena? Hay una casa de salud cerca de Constanz, en la pequeña ciudad de Kreuzlingen: el *Sanatorio Bellevue*. Su director actual, el Dr. Wolfgang Binswanger, posee una carpeta de quien estuvo internada del 12 de julio al 29 de octubre de 1882. La carpeta contiene dos documentos: una copia de lo escrito por Breuer mismo en 1882 (1) y una observación por uno de los médicos del Sanatorio Bellevue.

El nombre de Breuer no aparece en el documento, pero él es sin duda su autor. Es la historia de la misma enferma relatada por el mismo médico, pero la enferma se llama Bertha Pappenheim. Frases enteras son casi idénticas con las de los "Estudios sobre la histeria". Resulta claro que fue copiada del original por una persona no médica. La historia de 1882 contiene numerosos detalles que fueron omitidos en la de 1895, pero termina bruscamente con el "tercer período" de la enfermedad de Bertha. La versión de 1882 ofrece una imagen

más clara de la constelación familiar: “dificultades muy serias de Bertha con su madre”. El hermano tiene cierto papel. Se encuentran varias menciones de “su amor apasionado por su padre quien la mimaba”; nunca había estado enamorada “en la medida que su relación con su padre no lo reemplazara”. En la historia del 82 Breuer se preocupaba en establecer un diagnóstico anatómico: encaraba la posibilidad de un tubérculo de la fosa silviana izquierda con una meningitis crónica de progresión lenta, pero el carácter nervioso de sus tos y el efecto tranquilizante que lograba escuchándola hablar de noche, lo incitaron a pensar más bien en una “afección puramente funcional”. Entre muchos detalles adicionales del tercer período, nos enteramos que el psiquiatra consultante era Krafft - Ebing. Además de multiplicidad de otros detalles del historial original de 1882 que no están reproducidos en el de 1895, es de notar que por el contrario, el “cuarto período” no se menciona en absoluto en el historial de 1882 que termina, además, enigmáticamente: “Después de la terminación de las series gran mejoría”.

En cuanto a la observación del médico del sanatorio, jamás podría hacer pensar que se trataba de la Anna O. de Breuer. Es una larga lista de medicamentos administrados por una neuralgia facial grave. Las cantidades de morfina que se le administraban diariamente (0.07 a 0.10) hacen pensar en una drogadicta. La historia de Bellevue menciona los “rasgos histéricos” y su “desagradable irritación contra su familia”, sus juicios denigratorios sobre la ineficacia de la ciencia. Pasaba horas enteras frente al retrato de su padre y hablaba de ir a visitar su tumba en Pressburg. En cuanto posaba la cabeza sobre la almohada, a veces en medio de una frase, perdía el uso del alemán y comenzaba a hablar en inglés.

Ellenberger cree que el historial del 82 fue escrito de memoria y el cuarto período omitido por completo. Insiste en el carácter obstinado de Bertha y su “oposición pueril” a los médicos, su “carácter totalmente irreligioso” en una familia ortodoxa. Sería interesante saber cuándo y cómo Bertha retornó a la ardiente fe religiosa de los años posteriores.

Otra cosa que aparece más claramente es el desarrollo de lo que más adelante debió llamarse el “método catártico”. Al comienzo y durante un tiempo

el “chimney-sweeping” significaba simplemente que Bertha descargaba su mente de las historias imaginadas durante los días anteriores. Alrededor de agosto de 1881 empezó a hablar de acontecimientos que habían marcado el comienzo de sus “caprichos” que fueron siempre concientes y voluntarios. Más tarde aplicó un proceder similar para señalar el origen de sus síntomas más graves de apariencia neurológica.

Destaca Ellenberger nuevamente que el diagnóstico de histeria fue por exclusión, ya que no se encontraba una localización anatómica, pero creemos que la actitud de Breuer no debe desvalorizarse; habría menos “histéricos”, si todos procedieran como él.

De todos modos es seguro que el historial de 1895 fue escrito trece años después, en base a apuntes incompletos *y solamente cediendo a la insistencia de Freud.*

Evidentemente el caso de Anna O. es radicalmente diferente a otros casos de histeria de aquellos tiempos, pero bastante parecido a los grandes casos ejemplares de enfermedades magnéticas de la primera mitad del siglo XIX, como los de Katharina Emmerich, Friedericke Hauffe o Estelle L’Hardy. Las alucinaciones de Anna O. sobre lo que había sucedido día tras día exactamente un año antes podrían ser comparadas con las visiones nocturnas que coincidían exactamente con el almanaque religioso. El recuerdo de cada una de las ocasiones de reaparición de un síntoma, con sus fechas exactas, hace recordar las hazañas de memoria de la Visionaria de Prevorst.

Breuer y sus pacientes trabajaban muy cerca uno del otro, igual que Despine y Estelle lo habían hecho en el pasado, aunque Breuer tuvo menos éxito que Despine. A los antiguos magnetizadores la enfermedad de Anna O. no les hubiera resultado tan extraordinaria como lo fue para Breuer. Era caso frecuente en 1820, pero muy raro en 1880, el que la paciente indicara al médico el proceder terapéutico a utilizar, predijera el curso de la enfermedad y anunciara su fin. Una enfermedad así ya no podía ser comprendida en 1880 por un discípulo de Brücke (Embajador en el Oriente Lejano de la Escuela berlinesa de Helmholtz), en un medio social en el que la figura del médico era

de gran prestigio y en el que se hacía uso de un instrumento terapéutico acorde con el espíritu autoritario de la época: la hipnosis.

Juan Dalma (27) ha señalado que existía una clara conexión entre la cura de Anna O. y el gran interés despertado por la publicación de un libro de Jacob Bernays (tío de la futura esposa de Freud) (28) sobre el concepto aristotélico de catharsis. Durante un tiempo el tema “catharsis” fue uno de los más discutidos entre los estudiosos y constituyó además la sensación del momento de los salones elegantes de Viena. Es probable que Bertha Pappenheim —más siendo amiga de Martha Bernays— lo haya leído. De lo que podría deducirse que tampoco sería sorprendente que una joven inteligente de la alta sociedad vienesa adoptara la catharsis como divisa para una cura autodirigida.

La enfermedad de Anna O. sería, pues, una “creación del inconciente mitopoyético con apoyo y colaboración involuntaria del terapeuta” o novela de la imaginación subliminal”. Los “reveladores de la verdad” nos dicen: el “prototipo de una curación catártica” no fue ni curación ni catarsis.

Pero ¿es que realmente interesa cuál fue la “verdadera historia”, la versión auténtica? ¿Tiene algún sentido este trabajo detectivesco, de cómo habría sido la “verdadera” enfermedad de Bertha Pappenheim, qué nombre ponerle? Seguramente no. Creemos que es irrelevante, pero además vicia la perspectiva histórica con una ilusoria necesidad de precisión de nombres, lugares y fechas a cambio de un sentido y una comprensibilidad del contexto.

Donde realmente se establece un hiatus es entre la historia de Anna O. y la contribución teórica de Breuer. Fue su único caso y de él se supone que extrajo las conclusiones que expone en su “Teoría” puesto que sabemos que la escribió independientemente de Freud. Aunque existen puntos de contacto, creemos que éstos son muy escasos. En “Teoría” Breuer vuelve a “servir a sus viejos amos”. Después de su tormentosa aventura vuelve a pisar el terreno árido pero seguro de la física mecanicista. Pero, ¿cuál es el sustrato empírico de este “ensayo especulativo”?, ¿dónde están los datos de la experiencia? Ciertamente no provienen de Anna O. ni de otra fuente conocida. Es que “Teoría” (igual que el “Proyecto”) rebate, a través de la fantástica inventiva de la que

se componen, las presuntas inquebrantables convicciones positivistas de su autor.

Si ahora tratamos de evaluar el papel de Breuer en los orígenes del psicoanálisis, creemos que podemos dejarlo hablar por sí mismo, reproduciendo íntegramente una carta dirigida a Auguste Forel, evidentemente en respuesta a un pedido de Forel a Breuer, solicitando informes sobre el papel de éste en el descubrimiento del psicoanálisis (29).

*Dr. Josef Breuer,  
1., Brandstätte 4*

*Viena, 21 de noviembre de 1907.*

*Estimado Señor:*

*Tuve que demorar algunos días la respuesta a su amable carta, ya que hube de repasar el viejo libro (Estudios sobre la histeria) nuevamente para refrescar mi memoria. Ahora lo hice y debo confesar que, contrariamente a mis expectativas, realmente me agradó, mucho. En cuanto a la cuestión sobre las ideas con que contribuyeron los dos autores a los vanos elementos de la teoría que comprende y al análisis psicoterapéutico, debo comenzar explicándole que no puedo discutir el asunto con Freud desde que hace varios años no tengo contacto personal con él. Sin embargo es muy difícil, recurriendo solamente a la propia memoria, separar las contribuciones en un caso de trabajo llevado a cabo tan en común como el que produjo este libro. El caso descrito en los "Estudios" como el Nº 1, Anna O., fue tratado por mí y mi mérito consistió esencialmente en haberme percatado de qué caso tan particularmente instructivo y científicamente importante me proporcionó el azar para la investigación, en haber perseverado en su observación atenta y exacta y en no haber permitido la interferencia de ninguna opinión preconcebida con la simple observación de los importantes datos. Así en aquel entonces aprendí mucho: mucho de valor científico, pero también algo de importancia práctica, es decir, que era imposible para un "médico general" tratar un caso de este tipo sin terminar completamente con sus actividades y con su modo de vida. Juré en aquel entonces no volver a pasar nunca más por semejante prueba. Cuando me llegaban cosas de los que pensaba se beneficiarían de un tratamiento*

*analítico, pero que yo mismo no podía tratar, los enviaba al Dr. Freud, quien había regresado de París y de la Salpêtrière y con quien tenía las más íntimas relaciones amistosas y científicas. Estos casos, su curso, su tratamiento y cualquier contribución a la teoría que surgiera de ellos, naturalmente eran siempre discutidos por nosotros. De este modo crecieron nuestros puntos de vista teóricos —por supuesto no sin divergencias— pero, no obstante, en un trabajo que era realizado tan en común que es realmente difícil decir qué es lo que provino de uno y que del otro.*

*Sin embargo, creo que puedo decir:*

*Lo que surge inmediatamente del caso Anna O. es mío — es decir la significación etiológica de representaciones afectivos, privadas de su reacción normal, que actuaban permanentemente como cuerpos extraños; “histeria de retención”; la comprobación de la importancia de los estados hipnoides en el desarrollo de la histeria; la terapia analítica [esta palabra fue escrita primero psico-analítica, tachándose después “psico”]. \**

*En cuanto a los fobias, naturalmente nos inclinábamos mucho a sospechar la misma etiología; Freud estaba muy sorprendido cuando los análisis frecuentemente no producían resultado y anomalías sexuales (coitus interruptus, etc.) eran encontrados como causas con frecuencia y certeza cada vez mayor. (Considero esto un descubrimiento de la mayor importancia.)*

*No nos encontramos menos sorprendidos y llenos de dudas cuando los análisis de casos severos de histeria (por ej. de “Cecilia Al.” en el libro) nos conducían cada vez más hacia la infancia. Esto también, naturalmente, fue enteramente un descubrimiento de Freud.*

*Freud es enteramente responsable de la “conversión de la excitación afectiva”, de la teoría de las “neurosis de defensa” y de la enorme importancia de la “defensa” en la formación de complejos de representaciones “inadmisibles a la conciencia” de lo que surge la escisión de la psiquis (double conscience).*

---

\* N. del T.: Observación del editor; ver bibliografía N° 29.

*En comparación con esto, los efectos patológicos de los “estados hipnoides” le parecieron despreciables — lo que no fue, creo, para beneficio de su teoría.*

*Junto con Freud pude observar el lugar prominente asumido por la sexualidad (das Vordrängen den Sexualität) y puedo asegurar que ello no surgió por una inclinación hacia el tema, sino de los hallazgos —en su mayoría inesperados— de nuestra experiencia médica.*

*Freud es un hombre dado a formulaciones absolutas y exclusivas. Esto es una necesidad psíquica que, en mi opinión, conduce a una generalización excesiva. Puede haber además el deseo “d’épater le bourgeois” [sic]. Sin embargo, en lo principal, sus puntos de vista sobre la cuestión derivan, tal como he dicho, simplemente de la experiencia; todo lo que va más allá es meramente la ley del péndulo que gobierna todo desarrollo. En tiempos tempranos toda histeria era sexual; después sentimos que ofendíamos a nuestros pacientes si incluíamos cualquier sentimiento sexual en su etiología; y ahora que el verdadero estado de cosas una vez más ha vuelto a la luz, el péndulo oscila hacia el otro lado.*

*El caso de Anna O., célula germinal de todo el psicoanálisis, demuestra que un severo caso de histeria puede desarrollarse, florecer, y ser resuelto sin tener una base sexual. Confieso que zambullirse en la sexualidad en teoría y en práctica no es de mi gusto. Pero, ¿qué tienen que ver mi gusto y mis sentimientos sobre lo que es adecuado y sobre lo que es inadecuado con la pregunta: qué es?*

*Tal como ya he dicho, personalmente me he separado enteramente de Freud y naturalmente esto no fue un proceso del todo indoloro. Pero sigo considerando la obra de Freud como magnífica: construida sobre el estudio más laborioso en su práctica privada y de la mayor importancia —aun cuando una parte no pequeña de su estructura sin duda volverá a desmigajarse otra vez.*

*Con mis mejores saludos*

*J. Breuer.*

Creemos que merece destacarse de este interesante documento, recientemente descubierto: que aún en 1907 Breuer consideró el caso Anna O. como conducido a una cura completa sin encontrar una base sexual; que el papel de la sexualidad en las teorías de Freud y Breuer fue puramente el resultado de la observación empírica y en su mayor parte inesperado, igual que la tendencia de los pacientes de retroceder en sus recuerdos cada vez más lejos hacia la infancia.

En una carta del 2 de julio de 1932, Freud dice a Stefan Zweig, a propósito de la brusca interrupción del tratamiento de Anna O.: “En aquel momento Breuer tenía en su poder la llave que abre las puertas de las madres, pero la dejó caer. A pesar de sus grandes dotes intelectuales, no había nada faustiano en su naturaleza. Atrapado por un horror convencional, huyó y abandonó a su paciente a un colega. Aquélla *pasó* los *meses* siguientes en una clínica luchando por restablecerse”.

Creemos, además, que solamente conociendo a Breuer puede establecerse una secuencia comprensible en la evolución de las ideas. Breuer representa un mojón en la historia de nuestras concepciones psicológicas. A través de toda su obra lo vemos actuar pretendidamente como el investigador que busca formulaciones y leyes, de acuerdo con “el método científico” al modo de las ciencias naturales; “atrapado por la vieja concepción de las ideas”, buscaba conocer lo cognoscible, sin percatarse de que ya había rebasado *los límites* donde ello era posible.

De ese modo representa el camino que Freud justamente abandona, abocándose éste a una nueva modalidad de conocer que exigía una metodología totalmente diferente. Creemos que de hecho entre las *concepciones* de ambos se produce ese corte epistemológico —término acuñado por Bachelard ciertamente no a propósito del nacimiento del psicoanálisis— que se establece por un cambio radical de los conceptos utilizados y donde los anteriores siguen actuando como los más grandes obstáculos.

Es Freud quien se verá abocado a la búsqueda de una terminología propia,

de una metodología que se adecue al objeto de su ciencia o de una ciencia que permitirá una definición de su objeto.

*Recibido el 30.11.75.*

Tomás Bedó (\*)

Irene Maggi de García Rocco (\*\*)

(\*) Dirección: Avenida 18 de Julio 2035 ap. 601. Montevideo, Uruguay.

(\*\*) Dirección: Paulino Pimienta 959. Montevideo, Uruguay.

## **BIBLIOGRAFÍA**

(1) FREUD, S. Obras Completas (O. C.) t. IV, p. 79. Buenos Aires: Santiago Rueda

(5. R.). 1952.

(2) FREUD, S. O. C. - S. R., 1956, t. XXII.

(3) ELLENBERGER, H. F. L'histoire d'Anna O.: Etude critique avec documents nouveaux — L'Evolution Psychiatrique. Anée 1972, citado por García Rocco, Irene Maggi de. A propósito de Anna O., 1973.

(4) MERTON, R. K. Science, Technology and Society in XVII Century England —OSIRIS, pp. 360-62.

(5) FEUER, L. S. The Scientific Intellectual, 1963

(6) KUHN, L. S. The Structure of Scientific Revolution. 1962.

(7) BEDÓ, T. Evolución de la técnica freudiana a través de sus primeros historiales,

Rev. Urug. Psa., XI, 3/4, 1969.

(8) BERNFELD, S. Freud's earliest Theories and the School of Helmholtz, Psychanal. Quart., 13, p. 341.

(9) JONES, E. Vida y Obra de Sigmund Freud, pp. 38 y 47 ss., t. 1.

(10) KRIS, E. Estudio Preliminar, O. C. - S. R., XXII, p. 19.

- (11) OBERNDORF, C. F. Autobiography of Josef Breuer. Int. J. Psycho Anal., XXXIV, 1953.
- (12) STEWART, W. Psychoanalysis: The First Ten Years — 1888-1898. New York: The McMillan Co. 1967.
- (13) FREUD, S. Análisis fragmentario de una Histeria — O. C. - S. R. t. XV, p. 28.
- (14) MANNONI, O. Freud. Buenos Aires: Galerna, 1970.
- (15) STRACHEY, J. Editor's Introduccion, S. E., 2, p. XXIV.
- (16) LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.-B. El Inconciente Freudiano y el Psicoanálisis contemporáneo. Buenos Aires; Nueva Visión, 1969.
- (17) STRACHEY, J. Op. cit. (15).
- (18) LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. Vocabulaire de la Psychanalyse. (Paris: P. U. F., 1968).
- (19) FREUD, S. Psycho-Analysis, 1926. (S. E., 20, 263-4).
- (20) LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. Op. cit. (18).
- (21) SCHILLER, F. Dramas. t. 1. (Barcelona: "Arte y Letras", 1886).
- (22) FREUD, S. Personajes Psicopáticos en la Escena. O. C. - 5. R. t. XXI.
- (23) FREUD, S. Psicoterapia de la Histeria — O. C. - 5. R., t. X.
- (24) FREEMAN, L. The History of Anna O. — (New York: Walker & Co. 1972).
- (25) ELLENBERGER, H. F. Op. cit. (3>.
- (26) ELLENBERGER, H. F. The Discovery of the Unconscious. (London: Allen Lane The Penguin Press, 1970).
- (27) DALMA, j. La catharsis en Aristóteles, Bernays y Freud. Revista de Psiquiatría y Psicología Médica, vol. 6, 1963.
- (28) BERNAYS, J. Zwei Abhandlungen über die aristotelische Theorie des Drama (Berlin: Wilhelm Hertz, 1880).
- (29) CRANFIELD, P. F. Josef Breuer's Evaluation of his Contribution to Psychoanalysis. Int. J. Psycho - Anal., 33. Parte V, 1958.